

ACTIVIDADES OFIVERDE - PRIMAVERA 2004. RELATO DE UNA EXCURSIÓN A LAS FUENTES DEL MARQUÉS

Oscar Zevensui Salamanca Navarro
Estudiante de 1º de Biología. Universidad de Murcia.

Sábado, 8 de mayo de 2004:

Primera hora de la mañana. El grupo preparado en la puerta de El Corte Inglés. Mirabas a las caras del personal y veías al sueño en persona. Esos ojillos medio cerrados por el sol, como pidiendo una prórroga de al menos una hora más para echar la última cabezadita. Después de esperar un poco, por fin llegó el autobús que, en menos de lo que esperaba, nos plantó en las famosas Fuentes del Marqués, a las afueras de Caravaca. Lo primero que me pregunté al pisar tierra fue “¿...pues no íbamos a unas fuentes?... ¡pero si esto es un secarral!” Casi siempre las apariencias engañan. Tan sólo unos minutos después de bajar del autobús ya empezamos a soltar los nombres científicos de algunas plantas que nos rodeaban. Más que estudiantes autóctonos parecíamos guiris, al menos por el lenguaje, y es que aquella especie de latín-murcianico que usábamos seguro que sonaba como chino mandarino a cualquiera que nos estuviera escuchando.

Después de recorrer un breve sendero, de repente el secarral desapareció y se descubrió aquel maravilloso lugar ante nosotros. Fue un deleite para todos los sentidos. Primero el oído, con el canto de las aves que habitan aquel pequeño paraíso escondido... con el ruido de las hojas de los árboles al mecerse por el vientecillo que hacía... tan sublime que uno se puede quedar prendido de aquel lugar sólo por sus sonidos. Después, el olfato, que parecía estar dormido, despierta con el intenso olor a hierba verde, como recién cortada, y a tierra mojada junto a la acequia con los chopos negros que la acompañaban.

Pero por encima de todo, la vista es un privilegio en aquel ambiente. Lo primero que llamó mi atención fue un pequeño arco de piedra que estaba como sostenido por una hiedra. La enredadera lo abrazaba con tanta fuerza que parecía que luchaba por llegar a lo más alto. Continuamos andando, paralelos a la pequeña acequia y al bajar a un nivel inferior quedamos con las bocas abiertas, sorprendidos por el hermoso campo de amapolas que estaban en plena floración y que crecían a cientos entre una plantación de olmos, nogales y plataneras. El contraste del rojo tan intenso con el verde de fondo es todo un espectáculo. Claro está, las amapolas no se libraron de unas fotos y más de uno de los asistentes confesó sentirse como Heidi (ya aparecía Blanquita con su rebaño más tarde).

Durante el recorrido nos acompañó Encarna (un saludo!), una de las guías de la Oficina Verde, que nos ofreció una serie de explicaciones sobre la historia, la ecología y la botánica de la zona, que nos ayudaron a entender mejor lo que estábamos viendo.



Figura 1. El autor, mostrando el “bestial” *Equisetum*.

Seguimos la marcha y como yo no podía estar calladito, pues iba preguntando de todo, me gané el mote de “el preguntón”, pero gracias a eso evité tocar una planta que yo no sabía que era bastante irritante (de buena me libré!). De pronto nos encontramos que había que cruzar una nueva acequia, esta vez no hormigonada y algo más profunda que la anterior, en la cual se metió otro de nuestros guías, José Pedro, y nos sacó muestras de una planta (*Potamogeton* sp.) que a primera vista confundimos con un alga, pero que después nos explicó que es una planta vascular bioindicadora de lugares con bajo nivel de contaminación, verificando así la impresión que uno se hace del lugar. También pasamos junto a unos arbolillos de ciruelos que según nos dijeron eran los restos de un cultivo tradicional en la zona, hoy abandonada. La variedad que vimos destaca principalmente por el tamaño de sus frutos, que son bastante pequeños comparados con los que estamos acostumbrados a ver en el mercado(-na), pero que seguramente tiene mejor sabor. Encontramos también zarzas, pero todavía con los frutos verdes. Una pena, porque hubieran sido un buen postre.

Me llamó la atención una pequeña parcela en la que había muchísimos ejemplares de una planta que

había visto en prácticas, un *Equisetum* (las abuelas le llaman cola de caballo), como mucho de unos 30 cm de alto. Pero unos metros más allá me di cuenta de que había un ejemplar que bien podría llamarse “el rey de los *Equisetum*”: medía más de 2 m de alto y además estaba bastante ramificado. La imagen de ese “gigante verde” me dejó bastante sorprendido y os puedo asegurar que no se me borrará fácilmente de la memoria. Continuando camino, nuestra guía nos enseñó unas acacias que realmente imponían, aunque sin flor pero con unas exuberantes espinas... que os garantizo de forma personal que pinchan y bastante (no entrare en detalles de cómo lo comprobé ya que fue una relación dolorosa aquella).

Pero también tenía que llegar el momento del examen que nos esperaba, el momento de ver quién era el guapo que diferenciaba las distintas especies de *Quercus* que teníamos ante nosotros. Algunos con más acierto que otros pero al final todos lo sacamos con relativo éxito. Algunos de mis compañeros se enzarzaron incluso en una discusión sobre la nomenclatura científica de la encina (o carrasca de toda la vida)... que ya les vale el rollo a los botánicos de Flora Ibérica!!

Siguiendo nuestro itinerario, ya más bien hacia el monte, descubrimos escondida entre el canal una culebra de agua, que no era pequeña precisamente. Pasamos entre una pared y la verja de una parcela privada y en este trayecto descubrí una nueva enredadera, la zarzaparrilla (*Smilax aspera*), que yo personalmente nunca había visto y es muy curiosa por el tipo de hoja que tiene. Ya en el matorral vimos distintos tipos de pinos, como el carrasco (*Pinus halepensis*) y el doncel (*Pinus pinaster*) cuyas grandes piñas fueron objeto de recuerdo para más de uno, y de juego de otros.



Figura 2. Observando *Batrachospermum*.

De vuelta a la zona de la fuente descubrimos su verdadero cauce. Quede bastante sorprendido por el hecho de que no es una surgencia brotando de una pared, como uno podría imaginarse, sino que en aquel lugar el agua mana desde un lecho de grava que vierte agua en dos direcciones. En el cauce mayor nos en-

contramos grandes barbos, de hasta 1.5 o 2 kg. También estaban sus crías por allí, seguramente las que hacían desaparecer los trozos de pan que íbamos tirando. Jose Pedro, de vuelta al agua, nos trajo esta vez un tipo de algas muy curiosas (*Batrachospermum* sp.), bastante diferentes a las que uno está acostumbrado a ver en la playas. Eran como unas pequeñas cadenas, de color marrón verdoso, observables a simple vista y engarzadas como en artejos, pegadas en las rocas. Nunca hubiera pensado que eso era un alga, y menos bioindicadora de aguas limpias.

Después de comer y reponer fuerzas con los bocadillos de turno, nos disponíamos a abandonar el lugar, no sin antes pasar junto a un pequeño torreón, la conocida como Torre de los Templarios, pero que no pudimos visitar porque como ocurre siempre en estos sitios, o llegas diez minutos tarde o no abren ese día.

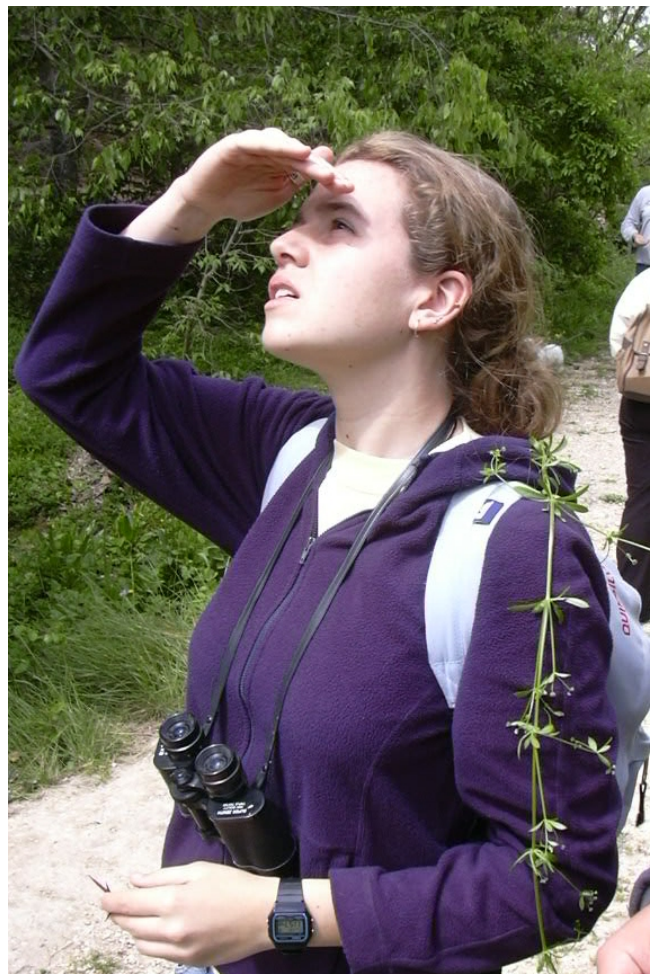


Figura 3. Terry, la pajaróloga, “pajareando” . .

Poco después, a eso de las 16:00 h nos montamos otra vez en el autobús y aun con la fotografía del paisaje grabada en mi retina partimos hacia otro lugar, un pequeño barranco que hay en los alrededores Bullas, junto a unas famosas bodegas de vino... y no seáis malpensados, no fuimos por el vino... que más de uno lo ha pensado ya y es que no... que como ya he dicho, fuimos al pequeño barranco cercano: el llamado barranco del Carrascalejo.

Entre las carrascas y coscojas destacaba un hermoso rosal silvestre, que a pesar de tener tan pequeños pétalos, comparados con las rosas comerciales, no por ello dejaba de ser precioso, remarcando su delicadeza y elegancia. Desde aquel momento comprendo la verdadera importancia de cuidar nuestros bosques... porque no os podéis hacer una idea de la variedad de especies vegetales que pudimos encontrar en unos pocos metros cuadrados de terreno. Pero no sólo de la tierra surgía riqueza, había también gran cantidad de pájaros allí aquella tarde que buscaban en los árboles cobijo para refugiarse de la noche y de los depredadores. Nuestra compañera Terry, a la que llamamos con cariño la pajaróloga, es muy aficionada al mundo de la Ornitología y fue la envidia de todos al reconocer la mayoría de las aves que nos fuimos cruzando durante la ruta.

Por un pequeño y angosto sendero salimos a la parte baja de la carretera que cruza por la zona y pasamos al otro lado por una conducción de gran diámetro que más de uno utilizó como auditorio para darnos a conocer su forma particular de cantar opera. Vimos una pequeña parcela de terreno que pocos años atrás había estado cultivada pero que hoy, al haberse abandonado su explotación, ha sido colonizada por un árbol llamado *Ailanthus altissima*, que verdaderamente se ha apropiado de toda la parcela. Lo peor de esta especie, alóctona, es que puede terminar por desplazar a las especies autóctonas.

Llegados a este punto propusimos una paradita antes de volver para descansar tumbados sobre la hierba en un pequeño prado... pero otra de nuestras guías, Susana, fue capaz de convertir ese poco tiempo en una eternidad para más de uno, ya que en vez de

olvidarse de las plantas por un rato y dejarnos descansar, nos propuso un juego que luego resultó ser como un examen que a más de uno se le atragantó. De todos modos, nos echamos unas risas.

En cualquier caso, de verdad que os recomiendo que vayáis a las salidas que organiza la OFICINA VERDE, ya sea por la diversión con los amigos o por lo que uno aprende sin darse cuenta... o para que las personas que se encuentran al mando de la asociación vean recompensado el gran trabajo que conlleva la organización de una de estas salidas. Sin más me despido y ¡¡espero veros en la próxima!!



Figura 4. Susana, en un momento de relax, observando alguna especie de interés botánico.

III Fiesta del Árbol

El pasado 5 de marzo tuvo lugar este encuentro donde la comunidad universitaria recordó la memoria de Codorniú y Luis Ramirez con sendas encinas.



A lo largo de la jornada un montón de amigos se animaron a repoblar el Campus con especies autóctonas.